

*Allá por mi
pueblo cuentan...*

Historias de miedo de las
comunidades indígenas de Hidalgo.



CDI

COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Textos

ROCÍO MONTIEL ROSALES

Ilustraciones

LUIS MANUEL GARCÍA GUILLÉN

Corrección de estilo

MERCEDES ADRIANA ARIAS GONZÁLEZ
VANESSA ARRIAGA HERNÁNDEZ

Coordinación

Departamento de medios digitales

NORBERTO ZAMORA PÉREZ

Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI
Ciudad de México, 2017.

Solo disponible en formato digital.

INDÍCE

INTRODUCCIÓN	1
EL VAMPIRO DEL REAL DEL MONTE.	5
UNA BRUJA EN HUAPALCALCO.	10
LA LLORONA DE CHIMALPA.	14
EL CHARRO NEGRO.	18
LA CARRETA.	23
LA BRUJA DEL MINERO.	29
EL DUENDE DE LA MINA.	33
EL DEMONIO DEL SEMBRADÍO.	38

INTRODUCCIÓN

La creación de algunos de los cuentos, se basa en los relatos que me contaron en algunas comunidades indígenas del estado de Hidalgo, otros son leyendas que se han escuchado desde hace varias generaciones. Hubo un tiempo en el que los abuelos entretenían a los niños contando estos relatos de terror a la luz de una fogata, los cuales al pasar el tiempo se han arraigado en el imaginario colectivo.

El miedo es un sentimiento inevitable, todo individuo lo ha sentido en algún momento, y es más intenso cuando tiene un origen de naturaleza inexplicable, generando una sensación de ansiedad que no podemos controlar, que atraviesa el cuerpo y el alma.

El miedo también se genera cuando uno piensa en la muerte. Ese sentimiento de morir, la mayoría de las personas lo ha sentido.

También está el miedo infantil; este ocurre cuando el niño le teme a la oscuridad y a lo que pueda surgir de ella. El miedo infantil muchas veces es producto de la imaginación que crea monstruos y seres sobrenaturales, promovido por el cine y la televisión.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a las personas de los pueblos del estado de Hidalgo que me brindaron su tiempo y por compartir las historias, que en algún momento les provocaron miedo. Especialmente gracias a Marcelo Juárez, María Luisa Rivera Lean y Carlos Gutiérrez, que amablemente me contaron sus recuerdos, los cuales me sirvieron como punto de partida para la realización de esta serie de cuentos.

También, quiero agradecer a mi familia, a mi esposo, por todo el apoyo que me han dado, en especial a mi madre que siempre ha estado ahí para apoyarme, e impulsarme a continuar con mis metas.

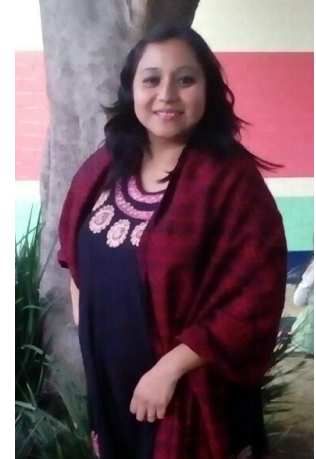
A mis hijas, Aura y Citlalli, que con su sonrisa me alegran mi día, son la luz de mi vida, y mi impulso a seguir.

Agradezco a las personas que me apoyaron en la realización de este proyecto; a mis compañeros de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México UACM, gracias por sus consejos también a los compañeros del servicio social en la CDI.

Principalmente agradezco a mi coordinador Norberto Zamora Pérez por la confianza que depositó en mi, al momento de aceptarme para ser parte de su equipo, en la realización de los proyectos de comunicación intercultural en la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

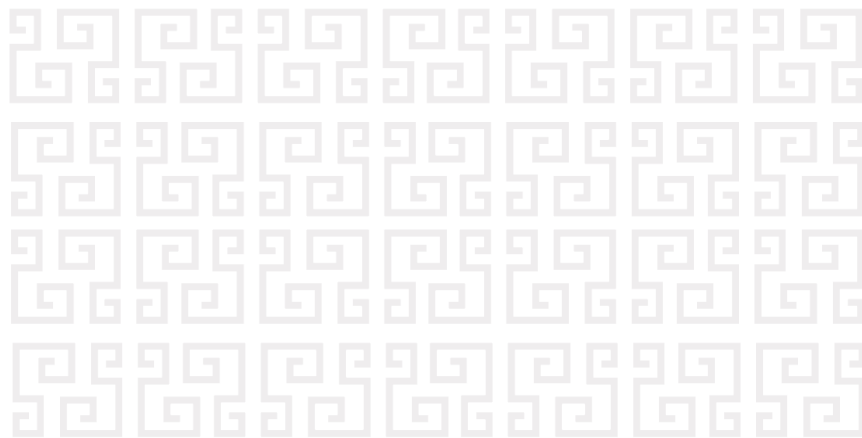
ROCÍO MONTIEL ROSALES

Nació el 18 de octubre de 1981 en la Ciudad de México. Estudia la Licenciatura en Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, en el Plantel del Valle.



Actualmente realiza su servicio social en la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, colaborando en la elaboración de guiones para los proyectos de comunicación intercultural.

A Rocío Montiel le apasiona, además del cuento, escribir poesía; para ella, es motivo de gran satisfacción ver terminado un nuevo poema.





EL VAMPIRO DE REAL DEL MONTE



EL VAMPIRO DE REAL DEL MONTE

Todo empezó cuando algunos animales amanecieron muertos, con dos orificios en el cuello. Mi compadre José Juan no entendía lo que pasaba, fue con el veterinario, quien al examinar a los animales, dijo que un parásito que les había provocado la muerte.

Mi compadre no le creyó al veterinario. Entonces me pidió que le ayudaría en las noches hacer guardias. Él pensaba que era algún mendigó coyote que bajaba del monte para matar al ganado.

Le respondí — vigilemos, compadre para ver qué es lo que provoca la muerte de tus animales

Durante varias noches cuidamos, no se vía nada, nadie se acercaba, hasta que un viernes, como a las tres de la madrugada, estábamos en el corral ocultos entre la vacas. Escuchamos un golpe en el tejado. Salí a asomarme para ver qué provocaba ese ruido, mi compadre se quedó adentro. No encontré nada, pero cuando volví al corral, mi compadre estaba inmóvil, con la cara pálida y sin color en los labios.

— ¿Qué te pasa compadre? ¡Dime algo! ¿Qué fue lo que viste?

Estuve muy angustiado sin saber qué hacer, por más que lo zangoloteé, no respondió.

— ¡Comadre Martha, venga, ayúdeme! No sé qué le pasó a José Juan.

Mi comadre salió en camisón y con una cobija encima de la espalda.

Ella llorando me gritaba —¡Pero, Toño! ¿qué le pasó a mi José Juan?

— ¡No sé, no sé ¡Me salí para ver qué provocó un ruido en el tejado, cuando regresé al corral, lo vi así como está!

Al ver que mi compadre no reaccionaba, lo eché a la carreta para llevarlo al dispensario médico del siguiente pueblo.

El camino estaba muy oscuro, una nube grande cubría la luna, se escuchaba el aullido de los coyotes, íbamos a toda velocidad; de repente, a lo lejos alcancé a ver un bulto atravesado a la mitad del camino, les jalé la rienda a los caballos, se detuvieron de inmediato y empezaron a retroceder asustados.

Al ver lo que teníamos enfrente, los cuacos del miedo, corrieron despavoridos, eso provocó que la carreta se volcara y mi compadre saliera disparado. Perdí el conocimiento un rato, creo que me golpeé la cabeza me estaba escurriendo mucha sangre.

Cuando desperté me adentré en el bosque para buscar a mi compadre, entre las ramas de los árboles vi una silueta, con ayuda de la luz de la luna miré que aquello que me acechaba, se acercaba a mí y sin pensarlo dos veces corrí sin voltear.

A la mañana siguiente fui a la casa de mi comadre, me recibió en un mar de lágrimas, cuando vio que llegue sin José Juan.

— No compadre, no pude pegar el ojo en toda la noche sin saber de mi José Juan, estuve preocupada.

— ¡Vamos rápido a buscarlo al bosque!

Después de caminar un tramo le dije: - Aquí fue donde se cayó cuando se volcó la carreta.

Estuvimos buscando mucho rato, hasta que mi comadre lo vio tirado junto a un arbusto.

— ¡Allá está mi José Juan!

Corrimos hacia donde estaba, mi compadre, estaba muerto, tenía dos orificios en el cuello, igualitos a los de sus animales.

Muchos dicen, que se trataba de un vampiro. En ese lugar todavía se cuenta que en Real del Monte vive un vampiro. Ya no quise averiguar más por miedo a terminar como mi compadre al querer saber quién mataba a sus animales.





UNA BRUJA EN HUAPALCALCO



UNA BRUJA EN HUAPALCALCO

Recuerdo cuando tenía como nueve años, mis papás nos llevaron a mis hermanos y a mí, a la casa de mis abuelos en Huapalcalco, Hidalgo.

Esa noche, apenas alumbraba la luna, me levanté de la cama, fui a la cocina, me serví agua en un jarro. De pronto, escuché ruidos extraños provenían del otro cuarto. Me acerqué para ver de qué se trataba, lentamente recorrí la cortina, no se distinguía bien, en ese momento se alumbró la habitación con la luz de la luna y alcancé a ver una silueta parecida a la de una mujer. Estaba parada al lado de la hamaca donde dormía mi hermanito de un año; por un momento pensé que era mi madre.

Lo que vi estaba encorvado encima de mi hermanito, hacia ruidos extraños con la boca, como si estuviera succionándolo. Me miró; su rostro era espantoso, sus ojos eran enormes y redondos, sus dientes eran aterradores, sus manos eran huesudas y tenía las uñas extremadamente largas.

Desvié la mirada buscando a mi madre, vi que ella dormía, traté de hablarle, de gritarle, de advertirle de aquello. Que mi hermanito estaba en peligro. No puede hablar. Sentía un nudo en la garganta, solté el jarro de agua y al caer al piso se rompió, en ese momento se despertó mi madre.

De inmediato, aquello huyó por la ventana, las cortinas se movieron, abrimos la puerta y mi mamá salió corriendo, yo iba detrás de ella para perseguir a eso que estaba con mi hermanito. Esa cosa de un saltó llegó al techo de la casa, desde donde, se impulsó a las ramas de un árbol, en un abrir y cerrar los ojos se convirtió en una especie de lechuza enorme y salió volando, mi cuerpo se estremeció de miedo, me quedé inmóvil. En ese momento mi mamá me jaló del brazo.

Entramos corriendo a la casa. Mi madre levantó a mi hermanito de la hamaca, lo puso en la cama y revisó su cuerpo, en la pancita tenía chupetones; mi mamá me dijo que eso se lo hizo la bruja, me espanté y me puse a llorar, mi mamá me tranquilizó, diciéndome.

—No te preocupes, no volverá a pasar, dejaré unas tijeras en forma de cruz debajo de la cama, ya no dormirá en la hamaca, lo pondré con nosotras en la cama.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Y jamás volví a la casa de mis abuelos.





LA LLORONA DE CHIMALPA



LA LLORONA DE CHIMALPA

Jesús había salido de una fiesta y andaba algo ebrio por beber mucho ponche con aguardiente.

Su hermano le gritaba:

— ¡Jesús, espérame pues, deja me despido de mi novia la Jacinta!

—No, ahí me alcanzas, me voy por el jagüey.

Iba canturreando mientras caminaba por la orilla del jagüey, cuando, a lo lejos entre los árboles vio a una muchacha con vestido blanco, cabello largo y negro. Como Jesús era muy enamorado, corrió para alcanzarla, pero la perdió de vista.

Regreso hacia el camino, de repente volvió a verla, esta vez caminando en la orilla del jagüey, con el alumbrar de la luna, alcanzó a ver que la muchacha estaba flotando, la mujer se miraba en el agua, entonces soltó un lamento de dolor, tenía su cara deforme y su vestido manchado de sangre.

Jesús corrió hacia su casa, pero aquel espectro lo alcanzó, le puso la palma de la mano en el pecho y él se desmayó.

Su hermano Ramón lo buscó, lo encontró al amanecer, inconsciente encima de un maguey, estaba delgado como si no hubiera comido en días, en la espalda traía rasguños, y un semblante amarillo.

Durante semanas a Jesús lo revisaron varios doctores, ninguno podía decir qué enfermedad tenía, mucho menos cómo curarlo.

Después de esa noche, Jesús jamás se recuperó, tuvo que vivir con la maldición de la llorona.





EL CHARRO NEGRO



EL CHARRO NEGRO

Carlitos tenía once años, él estaba esperando a que su abuelita, Doña Lolita, cerrara su tienda. El reloj casi marcaba las nueve de la noche, cuando el niño escuchó el relinchar de un caballo, se asomó al pasillo y vio a un hombre vestido de negro montando en un caballo, él no creía lo que veían sus ojos; su abuelita siempre le contaba historias del “Charro Negro de Pachuca”, entonces corrió para avisarle a su abuelita de lo que acababa de ver.

El jinete estaba fumando y sacaba humo por la nariz cada vez que exhalaba.

—Abuelita, abuelita, en el pasillo está el Charro Negro.

—Eso no es cierto Carlitos, mejor ayúdame a guardar las cajas de refresco en aquel estante para ya cerrar la tienda.

—Vi al Charro Negro, es como me lo has contando.

—No te creo, él solo aparece cuando hay oro en la casa y, aquí, no hay.

Al día siguiente, un muchacho que estaba esperando su pago, después de haber descargado la leña en la tienda de “Doña Lolita”; le señaló con la mano una botella.

—Doña Lolita, ¿cómo le hizo para meter ese oro en la botella, si esta tan pequeño el orificio para que entren semejantes monedas?

Doña Lolita volteó a ver la botella que decía el mozo.

— ¿Acaso me estás bromeando muchacho? Ahí no hay nada de lo que dices, solo es cisco.

— ¿Apoco no ve? Aquella botella que está ahí en el anaquel, tiene esas monedas.

Doña Lolita se acercó al anaquel, tomó la botella, la tiró al piso y cuando se rompió, se vio el resplandor del oro.

—Ya ve, yo tenía razón.

—Sí, muchacho.

Doña Lolita cogió unas monedas de oro y se las dio al muchacho.

— Toma son tuyas, te las regalo.

— ¡Gracias, Doña Lolita! Que Dios le dé más.



Cuando terminó el mozo en de decir la frase, las monedas de oro se volvieron a convertir en cisco. Inmediatamente se escuchó el relinchar de un caballo, era el Charro Negro que soltó una carcajada.

Dice la leyenda, que aquel que encuentre oro en cualquier parte de este pueblo y lo tome con sus manos mencionando el nombre de Dios, lo verá convertirse en polvo.



LA CARRETA



LA CARRETA

Hace algunos años, en una noche lluviosa, Don Fermín estaba con su carreta a un lado del kiosco del pueblo en Tulancingo, trabajaba todas las noches llevando a la gente a cualquier lugar del pueblo. Esa noche estaba esperando pasajeros y un señor se le acercó.

— Buenas noches, ¿me podría llevar a tres lugares?

— Sí, patrón.

El señor subió a la carreta, sólo llevaba una bolsa, recorrieron casi todo el pueblo.

— Primero me va a llevar a la casa de mi hija.

— ¡Sí señor! ¿Dónde va a ser?

— Cuesta abajo, cuando se vaya acercando le indico donde detenerse.

— ¡Sí, patrón!

— ¡Aquí! Espere, en un momento salgo.

El señor se bajó de la carreta, tocó el portón de madera y la puerta se abrió, entró a la casa, tardó una media hora en salir.

Cuando salió de aquella casa, volvió a subirse. La calle estaba solitaria, solo se escuchaba el cabalgar de los caballos.

—Vamos a la siguiente parada.

— ¡Sí, patrón!

Llegaron a la siguiente casa.

—Aquí, es esperé un momento.

El señor hizo lo mismo, se bajó de la carreta, tocó el portón, entró a la casa. Tardó media hora. Cuando salió, nuevamente subió a la carreta.

—La última parada será la casa de mi esposa, tengo que dejarle un encargo que me pidió.

—Sí, señor, usted me indica dónde es.

Cuando llegaron a la última casa, el pasajero no tocó el portón, solo lo abrió y se metió. Como se tardó mucho en salir, Don Fermín decidió preguntar por él. Se dirigió a aquel portón y una mujer abrió una de las puertas de madera.



– ¿Qué necesita?

– Buenas noches, busco a alguien, es un señor moreno, lo traje hace un par de horas, entró en esta casa y no ha salido, necesito que me pague los tres viajes que dimos.

– No, aquí no ha entrado nadie.

– ¡De veras, señora! Entró aquí, lo llevé a dos lugares antes, me dijo que primero lo llevara a la casa de su hija, después que lo llevará con su compadre, por último me dijo que lo trajera aquí, que tenía que traerle un encargo a su esposa.

– ¡Espere un momento!

La señora entró a la casa, tomó un portarretratos, sacó la fotografía y volvió a salir, se la mostró a Don Fermín.

– ¿Este es el señor que trajo a esta casa?

– Sí, es el mismo.

– ¿Está seguro? ¡Es imposible! Porque mi esposo murió hace cinco años, en una noche lluviosa, él y su caballo cayeron a un barranco.

— ¡Pero, señora, yo lo llevé a esos lugares que le comenté!

— Esa última noche mi esposo había ido a la casa de mi hija, después fue a la casa de mi compadre, donde tomaron unos tragos, después de un rato mi marido se puso necio porque ya tenía que llegar a la casa para traerme algo, nunca supe qué era, se llevó el secreto a la tumba.

Don Fermín, impactado por la historia, se regresó a la carreta, sin pensarlo dos veces ordenó a los caballos que avanzarán. Ya estando retirado de ese lugar, vio que al lado suyo estaba una bolsa, no le dio mucha importancia.

Con el camino empedrado, el saltar de las llantas provocaron que la bolsa se abriera un poco, entonces vio que adentro algo brillaba, detuvo la carreta, cogió el bolso y sacó unos lingotes de oro.

Aquel espíritu lo recompensó por haberlo ayudado a regresar a su casa.



LA BRUJA DEL MINERO



LA BRUJA DEL MINERO

Una mañana cualquiera, cuando el reloj marcaba las siete, Macario iniciaba su día de trabajo; como todos los días se despidió de su mujer dándole un beso en la frente.

Durante el trayecto a la mina, había un alboroto, la gente del pueblo decía que una bruja se había llevado a un bebé, pero el minero no le dio importancia porque ya era común escuchar que las brujas se llevaban a los niños.

Después de una jornada de trabajo en la mina, Macario y Luis comían.

— ¿Oye compa, por qué tu esposa siempre te pone tacos de carne para comer?

— Mi mujer dice que es carne de caballo, cuando me pone eso para comer ella se levanta muy temprano. En realidad, nunca he visto cómo la prepara, no siempre me da tacos. Por las tardes cuando llego de trabajar me da de comer otra cosa diferente.

— Deberías de espiarla, que tal si es una bruja.

Macario soltó una carcajada un poco tímida y le dijo a su amigo.

– No es posible Luis, si ya llevo diez años de matrimonio con ella y jamás ha hecho algo extraño mi mujer, no es ninguna bruja, ya me hubiera dado cuenta.

Después de esto, Macario se quedó con la duda y esa misma noche decidió espiar a su mujer, para saber si lo que le decía su compañero era cierto; que él estaba casado con una bruja.

Esa noche, Macario se hizo el dormido, su esposa al ver que él “dormía”, se levantó de la cama, salió de su casa y caminó hasta adentrarse en el bosque; Macario la siguió.

Ya estando en el bosque, la mujer se quitó la piel dejándola caer al suelo y mostrando su verdadera cara arrugada y fea; Macario no pudo ver más detalles porque la bruja, de un salto, emprendió el vuelo y se convirtió en lechuza.

Macario espantado por lo que había visto, corrió de regreso a su casa, tomó un frasco de sal, regresó al bosque donde se había quedado la piel y esparció la sal al cuero. Se escondió entre los árboles esperando el regreso de la bruja.

Cuando ésta llegó, Macario la vio de espaldas, alcanzando a ver la horrible joroba llena de llagas, la cabeza completamente calva con verrugas, tenía unas garras con la que estiraba la piel de mujer para tornearse la silueta de la que él creía que era su esposa.

No tardó mucho cuando la bruja se empezó a retorcer por la sal que le había puesto Macario a sus vestimentas falsas, se retorcía en el suelo gritando de dolor, haciendo chillidos como los de un puerco, hasta que, de un momento a otro, estos cesaron. Fue entonces que Macario se acercó y notó que la bruja había muerto. Desde aquel entonces jamás volvió a desaparecer un niño en el pueblo.





EL DUENDE DE LA MINA



EL DUENDE DE LA MINA

Estaban trabajando en la mina Francisco y Adrián cuando, de repente, escucharon unos pequeños murmullos en el fondo de la mina.

- Escuchaste eso- dijo Francisco
- Sí – respondió Adrián
- Vamos a ver qué es.

Los dos hombres dejaron su trabajo para averiguar. Entonces, vieron a un hombre pequeño de espaldas, traía puesto un gorro en la cabeza, sus orejas eran puntiagudas, su ropa diminuta: chamarra y pantalón de color verde oscuro y unas botas con casquillo en la punta.

Los mineros vieron que el hombrecito guardaba oro en unas ollas, las ponía en un carro y las empujaba sobre unos rieles.

Los hombres hicieron ruido y el duende de inmediato se escondió en una de las paredes de la mina.

–Vamos a atraparlo, a ver si es cierto lo que la gente cuenta sobre los duendes: si atrapas uno de ellos, tienen que darte su oro escondido, a cambio de su libertad.

—¡Se metió en este túnel!

Tardaron un rato en esperar a que saliera el duende, en cuanto se asomó, Francisco le echó una frazada roja encima y le hizo un nudo con un lazo haciendo un tipo bolso. Pasó un largo rato, los mineros ya se estaban desesperando hasta que se escuchó una vocecita que pedía que lo dejarán salir porque ya no podía respirar.

- ¡Déjenme salir, ya no resisto me falta el aire!
- No te dejaremos salir, hasta que nos digas dónde tienes tu oro.
- Está bien, pero abran la bolsa, ¡quiero salir!

Cuando Francisco desamarró la cuerda, de un brinco salió el duende, entonces le vieron el rostro: su nariz era grande y traía una barba larga y roja.

Los llevó a una parte de la mina que ellos no conocían, un túnel que llevaba a la superficie y a un bosque. Al salir de la mina el duende los llevó hasta un árbol enorme con una ranura en la parte del tronco, les dijo que lo esperaran, que él saldría con cuatro bolsas de oro para ellos. Antes de dárselas les dijo:

- No lo pueden usar hasta tres días después, si lo llegan a ocupar antes de tiempo sufrirán un castigo por desobedecer.



La maldición del rey de los duendes decía que ningún humano debía tomar su dinero o un castigo caería sobre ellos o algún ser querido. Después de tres días la maldición se iba y podían usar el oro a su antojo.

Pero la ambición de los mineros fue más grande, y gastaron el dinero antes de los días mencionados.

Días después Francisco estaba en su casa, se había comprado un caballo blanco, que apenas empezaba a domar. Su hijo de seis años lo vio, corrió hacia donde estaba su papá para montar el corcel blanco, pero cuando el niño se acercó el caballo lo pateo, fue a estrellarse contra una barda de la casa; al ver lo sucedido, Francisco corrió por su hijo, lo tomó entre sus brazos, pero el niño estaba inconsciente.

Mandaron a buscar al doctor pero cuando llegó, el niño había muerto.

Ese mismo día, Adrián fue a nadar con su novia, ambos se sumergieron en el agua, pero ella no salió, su pie se había quedado enredado en unas plantas. Cuando Adrián logró sacarla del agua ella estaba muerta.

A cada uno se le presentó el duende diciendo:

— ¡Se los advertí! Si usaban el oro antes de tiempo, sufrirían una maldición y perderían a un ser querido.



EL DEMONIO DEL SEMBRADÍO



EL DEMONIO DEL SEMBRADÍO

Esta historia se la contó mi abuelo Renato a mi mamá Celestina. Ocurrió en una hacienda en el pueblo de Ixmiquilpan.

Todo comenzó en una noche cuando se escucharon muchos gritos y alardeos de la gente, mi abuelo salió para ver de qué se trataba, toda la gente corría para esconderse.

— ¡Corran, corran! ¡Que viene por nosotros, es un demonio!

Mi abuelo, sin saber qué era en realidad, se puso una torunda en la espalda, tomó su machete, camino hacia el sembradío, la siembra estaba completamente calcinada. Su amigo lo alcanzó.

— ¡Joaquín, espera qué vas a hacer, no te acerques que el demonio ha desatado su furia!

— ¿Alguien lo ha visto? ¿Saben cómo es?

Toda esa noche el ambiente estuvo tenso, todos los habitantes del pueblo de Ixmiquilpan tenían pánico, menos mi abuelo. De repente, se escuchó un trueno en los sembradíos, mi abuelo tomó nuevamente su machete y regresó a los pastizales, no se veía nada.



Un ruido fuerte le lastimó los oídos, caminó hacia los sembradíos y estando ahí, gritó:

—¡Demonio déjate ver, no dejaré que quemes mi cosecha!

Mi abuelo y un amigo que lo acompañaba lo buscaron por los alrededores, pero no lo encontraron. Regresaron al sembradío. Iban caminando cuando vieron dos bolas de fuego que se acercaban hacia ellos, se separaron para esquivarlas.

Mi abuelo quedó retirado de donde cayó su amigo. Entonces vio que tenían de frente al extraño ser, al ver a la bestia quedó impactado por la forma, se veía extremadamente grande, el animal se paró sobre sus dos patas traseras, tenía unas pequeñas alas debajo de las otras patas delanteras, que le servían de brazos. Tenía la piel oscura, los ojos grandes y rojos.

Mi abuelo, muy valiente desenfundó su machete y se enfrentó a ese ser, éste abrió la boca, de donde salió una luz brillante que se convertía en fuego cada vez que la dirigía hacia mi abuelo, logró esquivar las llamas en forma de bola de fuego; en ese momento comenzaba a amanecer, fue entonces cuando el demonio emprendió el vuelo, jamás regresó. Nadie más volvió a saber lo que acechó al pueblo esa noche.



CDI

COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI
Ciudad de México, 2017.